

UNA VIDA DE ORACIÓN

Capítulo 18

Alégrense siempre, oren sin cesar, den gracias en todo; porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús.

(1 Tesalonicenses 5:16-18)

Cristo tiene tanto el poder como la autoridad para hacernos partícipes de Él en Su vida de oración. Sabemos que Él vive como el Gran Sumo Sacerdote y que siempre está intercediendo por los demás. Cuando Él viene como el Gran Sumo Sacerdote para compartir Su vida sin fin con nosotros, incluyendo entre las bendiciones que se encuentran en Él están Su vida de oración. "Surge otro sacerdote que ha venido, no según la ley de un mandamiento carnal, sino según el poder de una vida sin fin". (Hebreos 7:15-16)

La letra muerta de la ley no suministra el poder necesario para cumplir el requisito de Dios de "orar sin cesar". Pero cuando elegimos cambiar nuestra antigua forma de vida por Su vida, podemos comenzar a mirar a Él para que comparta con nosotros en una naturaleza que siempre está orando al Padre. Entonces podemos hacer por naturaleza lo que Él requiere.

Él (el Espíritu) me glorificará a mí, tomando de lo mío (incluyendo la vida de oración intercesora) y dándoselo a conocer. (Juan 16:14)

Nadie puede orar sin cesar con sus propias fuerzas. De hecho, necesitamos perder nuestra vida, incluyendo nuestra

autosuficiencia, antes de que podamos compartir con Cristo el poder de Su vida sin fin. "Porque el que pierda su vida por causa de mí, la encontrará". (Mateo 16:25.) Entonces, y solo entonces, es posible obedecer verdaderamente Su mandamiento: "Alégrense siempre, oren sin cesando, en todo da gracias". (1 Tesalonicenses 5:6.)

Porque nosotros somos la circuncisión, los que adoramos a Dios en el Espíritu, nos gloriamos en Cristo Jesús, y no confiamos en la carne. (Filipenses 3:3.)

El hijo de Dios que ha perdido toda confianza en la carne comienza a aprender que solo lo que es de Dios puede glorificarlo verdaderamente. Comenzamos a saber más que nunca que "Un hombre no puede recibir nada a menos que le haya sido dado del cielo". (Juan 3:27.) La vida entera comienza mirando hacia arriba, con un clamor desde lo más profundo del corazón, para que Dios demuestre su poder y amor, y revele su gloria. Escuche atentamente lo que F. J. Huegel ha dicho al respecto:

La razón por la cual muchos están encontrando la oración tan insatisfactoria y la vida de oración tan poco atractiva, es porque han intentado entrar en los reinos celestiales de la oración con la fuerza del "viejo hombre". El "hombre viejo" no puede empuñar estas armas que "no son carnales, sino poderosas por Dios" de la misma manera que no puede "amar a sus enemigos", o "regocijarse siempre", o "tener la mente que estaba en Cristo Jesús", o cumplir cualquier otra gracia cristiana. Él (el anciano) puede imitar estas gracias, pero en realidad las posee, nunca. Son "el fruto del Espíritu". Vienen de arriba. Son las manifestaciones de la naturaleza crística

impartidas al creyente e incorporadas en su ser sobre la base de la cruz.

La verdadera oración sólo puede ser inaugurada sobre la base de la "cocrucifixión". Esta es la condición principal. "Si permanecéis en mí y yo en vosotros, pediréis lo que queráis, y se os hará." Debemos estar "en Cristo". Pero no podemos estar en Cristo en el sentido más pleno, sin comprometernos primero con la muerte, en el poder de la muerte del Salvador, la "vieja vida" [la antigua autosuficiencia que tiene su fuente en la carne].

Es cuando nos damos cuenta de nuestra unidad con Cristo en la muerte [donde hemos muerto a la fuerza natural de la carne] y en la resurrección [donde hay un verdadero sentido de vivir por Su Espíritu], que la oración se convierte en la fuerza maravillosa que encontramos que era en la vida del Salvador. liberadas por el poder de la Cruz de los enredos carnales y del alma, "suben sobre alas como águilas". H Es entonces cuando el mandamiento: "Orad sin cesar", deja de ser un mandamiento ininteligibleH Es entonces cuando la oración, animada por el Espíritu del Dios vivo, que no puede ser hasta que no se libere de todos los ingredientes egoístas, se convierte a veces en un gemido inefable, y que no deja de mover montañas, y lograr lo imposible. Es entonces cuando la oración se convierte en una obra de la voluntad de Dios, y por lo tanto, debe prevalecer, sean cuales sean las dificultades, por asombrosas que sean las dificultades, por grande que sea el problema, por grande que sea la necesidad. Es entonces cuando se elimina la gran disparidad entre lo que el Maestro dijo que la oración podía lograr, y la miserable caricatura que es en la práctica real de millones de

personas, y la oración florece en toda la gloria de su verdadera naturaleza.

Necesitamos comenzar a ver cómo todo en la vida del Hijo es nuestro y se nos da cuando nos entregamos completamente a Él. Permanecer en Él implica mirar solo a Él para que sea la fuente del fruto que sale de nosotros. "El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer nada". (Juan 15:5.) Él simplemente pide que continuamente vengamos a nuestro amoroso Padre como niños pequeños dependientes que buscan compartir con Él en el poder de Su interminable vida de oración. Nuestra vida entera debe ser entregada a este camino de fe donde esperamos que todo lo importante suceda a través de la obra de Su poder.

Con Cristo he sido crucificado; ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios. (Gálatas 2:20.)

Debido a que todos somos criaturas del tiempo y estamos sujetos a la ley del crecimiento, se necesita tiempo para que nuestra vida de oración se desarrolle y se haga efectiva. Pero también debemos darnos cuenta de que ni una sola oración de fe se pierde jamás. A veces es necesario acumular nuestras oraciones antes de que se pueda conceder la respuesta. Aquí es donde la paciencia tendrá que tener su trabajo perfecto. Debemos permitir que el Espíritu nos lleve a ese lugar de descanso donde nuestra fe está en Dios, en lugar de en nuestras obras carnales, antes de que realmente nos encontremos "sin que nos falte nada". (Santiago 1:4.)

A lo largo de la historia, los hijos de Dios han pensado que había dificultades en el mundo celestial que superar antes de que sus oraciones pudieran ser contestadas. Rogaron a Dios que eliminara los obstáculos desconocidos. Pero este no siempre ha sido el verdadero problema. El Espíritu ha guiado a algunas de estas almas sinceras a comenzar a escudriñar sus propias vidas. Este autoexamen los ha llevado a un estado de quebrantamiento y a una verdadera sensación de impotencia. Fue allí, cuando habían perdido toda confianza en la carne y se habían convertido en nada en sí mismos, que Dios pudo exaltarlos a un lugar de gran poder en el Espíritu. Solo con su esperanza y fe en Dios, podían comenzar a aferrarse a Él y a Sus promesas. El obstáculo, que en realidad tenía su origen en su propia independencia y autosuficiencia, fue superado de repente. Una vez que Dios los había conquistado completamente, podían ser elevados espiritualmente y comenzar a obrar en el poder de resurrección del Espíritu de Cristo.

Sí, para el mundo que se nutre de la actividad de la carne, este camino del Espíritu parecerá ser un completo misterio. Pensarán que somos tontos cuando seguimos las instrucciones de Dios de entrar en Su reposo de fe, donde cada uno cesa de sus propias obras. (Hebreos 4:10.) Pero este es el camino por el que Jesús caminó y así es como caminaremos cuando vivamos a través de Él. Que todos aprendamos este secreto tal como lo ha expresado tan acertadamente Armin Gesswein.

Nuestra generación todavía tiene que ver la oración como un ministerio, y tomar a Dios en Su Palabra en este tema. Es mientras oramos que Dios obra. Nuestra idea es: "Oremos, y luego continuemos con el trabajo". Pero la oración es

nuestro verdadero trabajo. A menudo pensamos en la oración como un prefijo o un sufijo para una ronda que de otro modo estaría ocupada.

Pero las obras de Dios se realizan a medida que oramos y mientras oramos.

Trae una revolución a cualquier ministro o cristiano, una vez que cree en la Palabra de Dios en este punto. Sus obras se hacen a través de la oración, porque Él siempre obra desde Su trono por intercesión. No es sólo su intercesión, sino también la nuestra: porque, por su Espíritu, no sólo ora por nosotros, sino en nosotros. Él nos da de su propia gran oraciónH

No debemos limitarnos a imitar Su oración, sino entrar en ella, recibirla y hacer que ella entre en nosotros. Así es como entramos en Sus obras, nos convertimos en "colaboradores de Dios" y aprendemos a cesar de nuestras propias obras. De esta manera aprendemos a trabajar con Él, en lugar de para Él. Hijos, y ya no esclavos.

Luego, después de haber orado, caminamos con el Señor Jesús en las obras que Él ha realizado en respuesta a la oración. La oración es nuestro verdadero trabajo. Trabajar es un trabajo pesado. Incluso trabajar para el Señor es monótono. Pero trabajar con Él es un deleite. En Su Reino [donde Él es la fuente de todo], son aquellos a quienes Él ministra los que ministran. Los vencidos vencen, y los seguidores de Cristo guían a los demás.

Este es, entonces, el secreto para tener éxito en nuestro trabajo. A medida que Dios prevalece sobre nosotros, y somos perfeccionados en el camino de la fe, descubrimos que

comenzamos a prevalecer con Dios. Debido a que Él se convierte en la fuente de todo lo que hacemos, naturalmente nos regocijamos en Él. ¡A Él sea el poder, el honor y la gloria!

Pero todo el que vive por la verdad viene a la luz, para que se vea claramente que lo que ha hecho ha sido hecho por medio de Dios. (Juan 3:21)